

y si no en presencia también del príncipe, fué porque éste no había osado asistir á la ceremonia... Una sonrisa de desdén frunció los labios del conde al recordar las vanas amenazas de su irreconciliable y pérfido cuanto desleal enemigo.

Tocó en el hombro á su esposa que se levantó prontamente y se colgó radiante y feliz de su brazo, y seguidos de Chaverny y Cruz, atravesaron la nave para salir de la iglesia.

Cuál no fué su sorpresa al ver detenidos en el atrio al Rey y al Regente. ¿Qué podía haber sucedido para que Su Majestad y Su Alteza no ocuparan ya la regia carroza?...

No tardó mucho en saber algo, pues en cuanto Felipe de Orleans le distinguió, dió un paso hacia él:

—Aguardad—dijo á los recién casados.— Algo grave ocurre en los alrededores; voy á enviar guardias.

En aquel momento, un mendigo, el mismo que deslizó el billete que conocemos en el libro de oraciones de madame Liebault, trató de acercarse al Conde, pero no pudo llegar, porque al oír las palabras del duque de Orleans, se agruparon en torno suyo sus amigos. Entonces el pordiosero maniobró en otro sentido y pudo, alargando el brazo, entregar un billete en la mano de Aurora.

Al sentir el contacto la condesa de Lagardère volvióse bruscamente; pero ya no distinguió al mensajero, y en su consecuencia tendió el papel á su marido, cuya mirada se inflamó al leer las pocas líneas del billete. Como todos los semblantes, incluso el de Su Majestad, le interrogaban, el Conde, temblándole de cólera la voz, leyó alto:

«Lagardère: ha llegado la hora. Cuando llegue á tus manos esta esquela, habré hecho una víctima entre los tuyos... No es culpa mía si principio por las mujeres... Dentro de un segundo, será demasiado tarde para salvar á madame Melania Liebault.—Firmado,

GONZAGA.»

VIII

¡Después de los criados, el amo!

Lagardère escuchaba con ansiedad; los que le rodeaban enmudecieron anhelantes, respirando admiración y temor todos los pechos, al ver la palidez intensa del Conde, en cuyos ojos se veían los relámpagos reveladores de la tempestad que rugía en él.

Un grito de angustia, desgarrador, lúgubre,

salido de una garganta femenil, llegó del fondo de las tinieblas.

—¡Lagardèrel ¡Socorro!

Ambrosio Liebault cayó desfallecido en los brazos de Laho, gimiendo con voz ahogada:

—¡Cielos!... ¡Están degollando á mi mujer!

Aurora se tornó lívida. Pero lejos de temblar, separando de sí los brazos de su madre que rodeaban su cuello, con los ojos resplandecientes de valor y energía sobrehumanos, extendió el brazo hacia el sitio de donde había partido el grito, y dijo:

—Ve, Enrique.

A lo lejos, otras voces llamaron:

—¡A nosotros!... ¡A nosotros!...

—Debe ser un lazo—pensó en voz alta el Rey.—Monsieur de Lagardère, os prohibimos que vayáis solo.

Pero, ¿puede detenerse el rayo?

La escena que siguió no alcanzó á durar un segundo.

Abrazó estrechamente á su esposa, y deteniendo con un gesto veinte espadas próximas á salir de las vainas en su defensa, dijo con voz tranquila y serena:

—¡No necesito ayuda. Antorchas sólo! La hora aguardada hace veinté años ha sonado. ¡Gracias á Dios!...—E inclinándose ante el Rey,

que quería oponerse á lo que consideraba una locura:—Perdóneme Vuestra Majestad—exclamó.—Es preciso.

Con la espada en alto, á saltos de león atravesó por entre la muchedumbre y desapareció en la obscuridad. Un estremecimiento sacudió los cuerpos de todos al oírle invocar al muerto ilustre del que todos conservaban tan grata memoria como alta estima:

—¡Allá voy, Nevers!... ¡Ya estoy aquí!

—¡Déjele hacer Vuestra Majestad!—dijo el duque de Orleans al oído del Monarca.—La espada que acabáis de darle va á recibir su bautismo de sangre, y en una causa justa.

Luis XV apretaba los dientes; llevó maquinalmente la mano á la empuñadura de su espada, y la hubiera desenvainado (el heroísmo es contagioso) á no contenerle la dignidad de su jerarquía.

En un instante la iglesia, tan iluminada un momento antes, quedó casi oscura. Todos, gentileshombres y magistrados, sacerdotes y encopetadas damas, cogieron de los candelabros hachas, velas y antorchas; Felipe de Orleans, cogiendo una de estas últimas de manos de un mosquetero y enarbolándola sobre su cabeza, dijo en voz bastante alta para que todos pudieran oírle:

—Sígame Vuestra Majestad, si quiere ver

cómo hace justicia por su mano un hombre de corazón.

Y alumbrando á su primo y Monarca, y seguido de más de trescientas personas, dirigióse hacia el cementerio.

Melania Liebault, tratando de orientarse en el dédalo de sendas y sepulcros y registrando con los ojos las densas sombras, pudo dirigirse á la tumba de Nevers, cerca de la cual sintióse estrechada en términos que le impedían todo movimiento, al mismo tiempo que una mano fuerte le cerraba los labios, impidiéndole pronunciar la menor palabra. Por lo pronto, querían que se callase; ya llegaría el momento de hacerla gritar.

Varios hombres acababan de surgir en torno de ella; podía contar sus siluetas en la obscuridad que la rodeaba: eran siete. Después de amordazarla, tendieronla en el suelo y vigilaron en silencio.

En breve oyeron crugir la arena bajo pasos precipitados, y Peyrolles arrancó la mordaza de su víctima, ordenando á la pobre mujer con tono rudo y voz sorda:

—Ahora, llama al Rey. Estamos aquí para matarle.

El factótum de Gonzaga, sospechando que la dama se resistiera á llamar al Conde si sos-

pechaba un peligro, había inventado aquella comedia de regicidio, bien seguro de que Lagardère sería el primero que llegara.

Sin embargo. Madame Liebault no pronunció una sílaba. Creyendo saber para qué augusta víctima se había armado aquel lazo, resolvió morir antes que abrir la boca. Tan imprevisto heroísmo exasperó terriblemente á Peyrolles; sus puños se crisparon de rabia:

—¡Has de gritar, víbora!— rugió, —desnudando su puñal.

Melania vió brillar el acero que amenazaba su pecho, pero no se movió.

Entretanto, los pasos se acercaban; creyó oír un juramento de Cocardasse; entonces, por un esfuerzo sobrehumano, rechazando al hombre que la mantenía tendida en el suelo, se puso en pie.

—Son ellos, nos buscan—gruñó el mayordomo.—Por fortuna, ese charlatán de Cocardasse revela siempre su presencia.

—¿Y el Príncipe?—preguntó Nocé.

—En su puesto, ya le veréis á su hora. En guardia, señores, y aguantad el primer choque.

Y cuando se disponía á buscar la posición menos peligrosa para sí, advirtió que madame Liebault, con rápido movimiento, se había recogido el vestido y empezaba á huir. En un salto estuvo á su lado.

—¡Cállate!—gruñó—dándole una puñalada en el pecho.

La joven cayó sobre la piedra angular de una tumba; pero, por un milagro de energía, figurándose que puesto que se le mandaba callar era que se hallaba el Rey en peligro, comprimiéndose con ambas manos la herida, gritó con todas sus fuerzas, después de haberse incorporado:

—¡Lagardère!... ¡Socorro!

Tal fué, como se recordará, el primer grito oído por Enrique y los que le rodeaban. Y también con más razón, pues estaban más cerca, hirió los oídos de los diestros.

—¡Sangre de Cristo!—aulló Cocardasse, dando un salto.—Hemos llegado tarde...

—¡A saberlo!...—repuso Passepoil

Y ambos valientes prosiguieron su desenfadada, su loca carrera por las tinieblas, tropezando con cruces y mausoleos, resbalando sobre las lápidas, cayendo y levantándose para caer de nuevo.

Por fin llegaron. Un cuerpo de mujer yacía en el suelo, y tras él se veían relucir siete espadas alineadas. En la obscuridad, no podían ver más que los puntos luminosos y la barrera humana; pero presentían con toda seguridad de qué cuerpos se formaba.

Para matar, no hace falta ver claro, y así



Comprimiéndose con ambas manos la herida, gritó con todas sus fuerzas.

los que caen muertos, hallan menos brusca la transición entre la luz del mundo y el reino de las eternas tinieblas. Era un pensamiento del gascón que resultaba para él como principio filosófico, dado su carácter, adversario de la seriedad. Entonces fué cuando los diestros gritaron á su vez:

—¡A nosotros!

Creían no tener derecho para matar á Gonzaga sin estar Enrique presente, y no dudaban de que acudiera. Entretanto, podrían ir creando las filas. Como balas, y bien empuñadas las espadas, se lanzaron al asalto del muro humano.

Chocaron los aceros en la obscuridad sacando chispas no más brillantes que las que brotaban de los ojos de los combatientes. Las tinieblas hicieronse tan densas, que los adversarios hallábanse á veces cuerpo á cuerpo y no se herían por temor de herir á un amigo. El único que revelaba su presencia por sus pintorescos juramentos, incapaz de callarse, era Cocardasse que agotaba su escogido y abundante repertorio de interjecciones gasconas.

Berrichón trataba, á veces, de imitarle como buen discípulo, pero juraba á la sordina, prefiriendo matar y callar como su otro maestro Passepoil.

Cincuenta pasos más atrás, Felipe de Man-

tua, refirmado en la verja de hierro forjado de un panteón, escuchaba el ruido de la lucha sin moverse. Por las voces se había dado perfecta cuenta de que Lagardère no estaba aún allá, y quería reservarse para su único adversario. La necrópolis se llenaba de ruido; veíanse por todos lados antorchas que se acercaban.

De pronto los diestros sintieron una conmoción; un huracán acababa de desencadenarse á su lado.

—¡Aquí estoy!—exclamó Lagardère, cuya voz tenía sonoridades de metal—¡Nevers, aquí está tu vengador!

Chaverny le seguía de cerca; el choque fué terrible; los que llevaban las antorchas estaban aun lejos. Felipe de Mantua desvainó su acero, pero permaneció en su sitio. Con arreglo á sus órdenes, los enrodados debían de ir retrocediendo hábilmente y llevarle á su adversario adonde él estaba para que pudiese matarlo, de frente ó por la espalda.

Entretanto, en el lugar del combate los hombres caían; la primera víctima fué Taranne; la segunda el alemán de Batz, que cayó boca abajo con los brazos en cruz y pronunciando una blasfemia. Oriol defendía su pellejo, y acaso por primera vez en su vida demostraba bravura: la bravura de la desesperación engendrada por el miedo.

A la luz de una antorcha que se acercaba vióse amenazado por la espada de Berrichón, y creyó el peligro tan inmediato, que mató para no morir; su espada, hasta entonces virgen, atravesó la garganta de Juan María, que se tambaleó y cayó para no levantarse más, sin soltar, empero á Petronila.

Bien decía y repetía hasta la saciedad Francisco Berrichón que el oficio de espadachín era el peor y tenía quiebras irremediables.

Pero, ¡qué hacerle!... Nadie puede sustraerse á su destino.

Las antorchas estaban aún distantes, pero los combatientes comenzaban á entereverse. Montaubert y Peyrolles cayeron uno encima de otro, formando cruz y agónicos; el segundo con un ruido de huesos siniestro.

Passepoil vió caer á Berrichón y se vengó, haciendo morder el polvo en las convulsiones de la agonía, al ex-negociante, que hubiera preferido con mucho permanecer en la Bastilla. Chaverny acababa de enviar á Lavallade á reunirse con sus antecesores. Todos los enrodados de Gonzaga habían muerto. Cocardasse los contó con el dedo.

—¡Seis! La cuenta está justa.

—¡Ahl!—suspiró el conde.—Sólo él falta. Callad y dejadle venir.

Passapoil volvió atrás por su orden para

que los que traían las antorchas se detuviesen. Lagardère se inclinó ante el cuerpo de madame Liebault y escuchó las palpitaciones de su corazón.

—¡Vive!—murmuró con satisfacción, poniéndose en pie.

El conde trató de explorar las tinieblas, pero la noche era muy oscura. Prestó oídos á los rumores durante diez minutos; adelantó unos pasos... alguien se acercaba... En el silencio profundo, hubiéranse podido contar las pisadas del que avanzaba á tientas y con cierta precaución.

Gonzaga, no oyendo nada, se alarmó. ¿Por qué no se le reunían sus enrodados como lo mandó? Parecíanle siglos los minutos... salió de su inmovilidad y adelantó recatadamente...

—Peyrolles—preguntó en voz baja—¿habéis terminado?

Nadie le respondió. Avanzó un poco más.

—Estos inútiles, ¿se habrán ido sin aguardarme?

De pronto, ahogó un grito de estupor, casi de espanto; acababa de tropezar con un cuerpo inerte, y al cambiar de dirección, sus pies dieron con otro. Se inclinó para ver mejor, y una blasfemia le subió á los labios, sin que los apretados dientes la permitieran pasar.

En torno suyo, un montón de cadáveres:

los de sus secuaces. ¡Todos yacían allí! Desde Peyrolles, su alma condenada, hasta el inofensivo Oriol, pasando por Montaubert, Taranne, el barón de Batz y los demás. Todos los que, siguiéndole camino de España, pudieron escapar antes á su destino en aquel cementerio maldito, no volvieron á él sino para encontrar la muerte en el mismo lugar y en el mismo sitio de que les hizo huir para continuar una existencia de placeres y aventuras.

No quedó inmóvil ante aquel espectáculo sino breves segundos, pero bastaron para cambiar completamente su situación. Cuando levantó la cabeza, la luz había reemplazado á la obscuridad, y se halló rodeado de guardias y de porta-antorchas. En primer término estaba el Regente, en cuyo brazo se apoyaba el Rey. Pero lo que más exasperó á Gonzaga fué ver ante sí, en guardia, vivo y sano, á su mortal enemigo: al conde de Lagardère.

Furiosa y traidoramente tendióse á fondo, y la espada de Enrique, que era la de Luis XV, precioso juguete infantil, se quebró como vidrio en la parada. Pero con su mano libre había cogido Lagardère la del príncipe y se la arrancó de la mano á su desleal adversario.

—¡Ah, conde!...—exclamó el Rey.

—Señor—respondió Lagardère,—por dos veces ya, en los fosos de Caylus y aquí mismo,

este hombre pudo sustraerse á mi justicia porque mi diestra no estaba armada con el arma justiciera que, empuñada por su mano criminal, le convirtió en fraticida. ¡Ahora la tengo! Para que el juicio de Dios sea completo, hace falta que esta espada, manchada con la sangre de Nevers, se bañe en la de su asesino.

Y como le miraban sin comprenderle bien, ordenó á Cocardasse:

—Dale la tuya, valiente.

El gascón obedeció, pero no pudo menos de gruñir:

—¡Por la pascua! La pobre no va á bodas.

Gonzaga apoderóse con júbilo del arma. No era adversario despreciable, y bien lo había probado muchas veces.

Todos los que aquella tarde habían asistido á la audiencia de las Tullerías, estaban allá en torno de los dos adversarios. Era otra audiencia (1) de índole distinta, pero no menos grandiosa la de aquel momento en el cementerio de Saint-Magloire.

Los campeones se pusieron en guardia, y el

(1) Por no suprimir el trueque de palabras, traducimos *audiencia* por *lit de justice*, que significa en francés las sesiones solemnes del parlamento y las sentencias de aquel cuerpo, etc., así como los juicios solemnes ó actos de alta justicia en que intervenía el Rey. En la doble acepción la usa en este punto el autor.

Regente levantó sobre su cabeza la antorcha que empuñaba para alumbrar el combate. Quería mostrar al Rey los semblantes de los dos adversarios durante la lucha.

Gonzaga se batía con toda destreza y prudencia; pero ¿qué valía la ciencia toda del Príncipe ante la fogosidad terrible y sin piedad del justiciero? ¡Ah! No duró mucho el duelo. En menos de un minuto vióse al felón caballero desplomarse como fulminado por el rayo. En medio de su frente veíase un agujerito rojo.

—¡Después de los criados, el amo! ¡Bien lo dijo el Pichón!—murmuró Cocardasse en voz baja á su inseparable colega y amigo el prudente normando.

Luego, rechazando despreciativamente con el pie su nueva y flamante Petronila, suspiró al oído de Amable:

—Pequeño mío, el bellaco la ha deshonrado.

La duquesa viuda, Flor y Aurora, que quisieron ver el final del combate, hallábanse á pocos pasos del cirujano que vendaba la herida leve de madame Liebault. Lagardère contemplaba fijamente el convulsionado rostro de su enemigo muerto.

—Enrique—díjole su suegra.—Aquí tenéis á la hija de Nevers, vuestra esposa. Yo bendigo



—¡Gracias á Dios, Nevers, he cumplido mi juramento!

vuestra unión ante el sepulcro de mi marido.

El joven Monarca estaba sobrado conmovido para poder pronunciar palabra. Felipe de Orleans contempló algunos instantes la estatua marmórea bajo la cual dormía el sueño eterno el que fuera Felipe de Lorena, duque de Nevers, y estrechando la mano del conde:

—¡Gracias!—dijole sencillamente.

Lagardère, á su vez, contempló un buen rato la estatua, luego elevó al cielo sus miradas, y rompiendo en sus rodillas la espada tinta en la sangre de su propio dueño, echó los pedazos al pie del mausoleo, diciendo con voz clara y vibrante:

—¡Gracias á Dios, Nevers, he cumplido mi juramento!...

FIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
IX. Naufragio en el puente Rojo.....	7
X. El café Procopio.....	22
XI. Charla imprudente.....	40
XII. Nuevas páginas de las «Memorias de Aurora».....	55

CUARTA PARTE

El juramento de Lagardère.

I. Reunidos por las gracias	71
II. La sortija negra.....	82
III. Ultimo reto.....	91
IV. Velada de armas y mañana de fiesta....	108
V. La mayoría de edad del Rey.....	123
VI. A la boda	133
VII. El fin de la ceremonia.....	153
VIII. Después de los criados, el amo.....	163